

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Conviene, a mi juicio, señalar dos cosas. La primera, que ésta es una estu-
penda obra de la historia de un periodo clave de España, pues nuestra patria se aso-
mó, como todo el mundo occidental, a partir de ahí, a las consecuencias del cho-
que confluyente de la revolución liberal, de la industrial, del impacto del
pensamiento clásico en la Economía, de los Smith, Ricardo, Malthus o Say, del
romanticismo, de la revolución científica, y de la separación política de los criollos
americanos. Como consecuencia, la España de Carlos IV, que llega al motín de Aran-
juez, va a parecerse muy poco a la que se adivina tras la batalla de Vitoria, tan mag-
níficamente relatada en las páginas 454-458. Desde luego, en lo económico, la Revo-
lución del Neolítico ha concluido, y ha comenzado una nueva etapa, radicalmente
diferente, en la historia de la humanidad. La segunda, que en este libro no se
emplea para nada el método heredomarxista de la escuela de “Annales”, pero que
utiliza, cuando es menester, la información económica, con lo que el estudioso de
esta ciencia pasa a estar agradecido al profesor de Diego. Un ejemplo, la puntuali-
zación en las páginas 58-59 sobre la riqueza de España, que para daño de Napole-
ón se basaba en buena parte en una plata americana que nunca logró controlar.
Recuérdese que este metal precioso americano —no el oro, que no tuvo en Espa-
ña, aunque sí en Portugal, papel esencial ninguno— era un producto fundamental
para lograr el equilibrio macroeconómico español, porque, con la lana, era nuestro
más importante artículo de exportación, que, por otro lado, se buscaba ávidamente
por parte de todos y cada uno de los países de Europa. Precisamente, lo que va a
suceder tras la independencia hispanoamericana, es que se corta la llegada de esta
plata y por eso Kindleberger considera que va a ser uno de los motivos de la crisis
económica —con consecuencias sociales tan evidentes como el *Manifiesto Comu-
nista* de Marx y Engels—, y políticas, por ejemplo, la liquidación definitiva de la
monarquía en Francia bien conocidas. España, sin plata americana, pasa a experimen-

tar una seria depresión económica. Y lo contrario, prosperidad, era lo que llegaba a Cádiz procedente de los virreinos de Perú y México. Keynes, en Madrid, en 1930, desarrolló, en relación con esto, en su proyección hacia Inglaterra y el inicio de la Revolución Industrial, un preciso análisis muy convincente. En la página 159 aparece el papel, pero en el bando hispanoinglés, de este metal. Por tanto, sin la plata, aparte del daño derivado de la lucha guerrillera, era imposible vivir sobre el terreno por la pobreza real de un país que no había sido capaz de hacer una reforma seria agraria (pp. 171-180, fundamentalmente). Hablar aquí del intento fallido de los ilustrados, de llevar adelante la Desamortización es lógico, lo que no deja de estar relacionado con el golpe de Estado del príncipe Fernando y todo lo que después apoyará al absolutismo y a mil grupos, por lo menos hasta el Concordato de 1851. Recuérdese el *Informe de la Ley Agraria* de Jovellanos e incluso muchas frases de sus *Diarios*. La literatura actual sobre esto es clarísima. También debe señalarse que existe una línea que va del partido golilla y Campomanes a Pedro José Pidal y a Arrazola, y, en síntesis, a la conducta del partido moderado. Pero estas cuestiones económicas que podrían calificarse de costosas, tienen un complemento político muy notable.

En este sentido resulta apasionante observar cómo, lo que llamaba Perpiñá Grau, una “talasocracia”, en este caso personificada por Gran Bretaña, logra aplastar —por supuesto, con ayudas como la española— a una “epirocracia”, o poder continental, en este caso la napoleónica como después ocurrirá, por ejemplo, con Estados Unidos frente a la Unión Soviética o antes, a los aliados frente a los Imperios Centrales en las dos Guerras Mundiales, y esto porque el transporte marítimo es muchísimo más barato que el terrestre y esta circunstancia, en contiendas largas, acaba originando tal agobio para el poder continental frente al marítimo, que aquél concluye por tener que darse por vencido. La frase clave de su planteamiento se ofrece así por Emilio de Diego en la página 20: “La hegemonía naval..., combinada con el levantamiento español, permitieron abrir un nuevo frente en la larga pugna anglofrancesa, que acabaría siendo decisivo para la derrota del Emperador”. El papel español se encuentra en obligar a los franceses a “combatir a cientos de kilómetros de sus bases, en un territorio, inhóspito y fieramente hostil, en tanto que las fuerzas angloportuguesas se batían ‘en casa’”. Añádase que las guerrillas eran abastecidas muchas veces por mar (p. 444), sin olvidar, ni mucho menos, que en 1783 había comenzado la Revolución Industrial en Gran Bretaña, y que al convertirse este país en adelantado en este sentido, iba a tener la capitania económica hasta que, en el borde del siglo XX, le arrebatara esa posición Norteamérica.

Quizá la demostración más viva de lo que supone económicamente el dominio del mar lo tenemos en las páginas 343-344 en relación con el sitio de Cádiz. Por ese motivo, gracias a la flota angloespañola, pudo Alcalá Galiano escribir que en esta ciudad “la abundancia de víveres había producido tal comodidad de precios que bien podría llamarse baratura”, aparte de que “no sólo abundaban los abasteci-

mientos; tampoco faltaban las diversiones. Cerca de 120 comedias y más de 90 sainetes se representaron en... Cádiz durante el asedio”, a más de bailes, y otras diversiones, incluidos fuegos artificiales, mientras que los sitiadores del general Victor “ni cobraban ni disponían del pan necesario. Algunos jefes intentaron comprar víveres a cualquier precio, lo que dio lugar a varios episodios de mercado negro, en el que unos pocos habitantes de Cádiz vendían, ocasionalmente, alimentos al enemigo”. Amplíese con lo que se señala en las páginas 176-177 y su contraste con la aceptable realidad inglesa; o con una referencia de la 460.

El impacto final de la contienda en lo económico, que es aportación también aquí esencial, se sintetiza admirablemente en las páginas 471-483: una caída demográfica del 7% —hace bien al atreverse a estimarla el profesor de Diego—, la pérdida de América y la llegada de las ideas económicas del clasicismo a la que he aludido antes, son su síntesis esencial. Una obra, pues, excepcional por demás, y cuya lectura, por su excelente redacción, que más de una vez calificaría de admirable, hace que no pueda abandonarse una vez iniciada.

